

PRESENTACIÓN

Éste de Ariel Fingerman es un libro novedoso, luminoso y urgente.

Es **novedoso** porque aborda un tema «teológico» poco frecuentado. Un tema tan fundamental y tan dado por supuesto, que por eso resulta muchas veces un tema virgen, desconocido, intocado. La convicción de que uno pertenece al «pueblo elegido» es algo que la propia religión nos ha inculcado a todos desde la más tierna infancia, dado por supuesto y «pacíficamente poseído», pero es a la vez algo de lo que uno siente un cierto pudor de hablar. Algo flota en el aire, en el ambiente cultural moderno, que le dice a uno que es sospechoso creerse un «elegido». Y por eso es por lo que «la doctrina del Pueblo elegido» es un tema infrecuente, y el libro de Ariel resulta, en ese sentido, un libro valiente y novedoso.

Pero es también un libro **luminoso**, porque aborda este tema viejo con una actitud diferente a aquellas actitudes partisanas del pasado, empeñadas en defender o en atacar, con una posición interesada, tomada previamente. Ariel se abre con serenidad al tema ruboroso de la elección, y al aspecto espinoso de su conflictividad, y recorre la historia de su desarrollo en el ámbito judeocristiano, sin miedos, sin eufemismos, reconociendo con sencillez las «perlas» que de un lado y otro han quedado dichas y hechas a lo largo del camino.

Ariel no se queda en su propia religión hebrea, ni en el diálogo con las posiciones cristianas en conflicto, sino que se abre al amplio mundo de las religiones, con muestras tomadas de Medio Oriente, Asia y África. Su conclusión es contundente: la doctrina de la elección no es una peculiaridad de los judíos ni de los cristianos, es un rasgo común de muchas religiones. Todas ellas se han pensado o percibido a sí mismas como «el centro del mundo», quizá porque querer estar en el centro es como una tendencia de la psique humana, individual

y colectiva, como bien señalaron Mircea Eliade, o Arnold Toynbee. La conclusión de la segunda parte del libro de Ariel lleva a su cúspide su diagnóstico: si cada religión piensa estar en el centro del mundo, no es posible una conciliación entre ellas; sólo les cabe ignorar a las demás, o creer que son falsas.

En la tercera parte de su obra, Ariel trata de mostrar que la percepción de esta creencia común de ser o estar en el centro puede ser acogida serenamente si se llega a una reevaluación de ciertos dogmas basados en la lectura fundamentalista de las Escrituras, y que ello no obsta para poder seguir cultivando la vivencia espiritual de esa doctrina por parte de la persona religiosa.

Para los cristianos es especialmente luminosa esta obra, por cuanto nos abre la intimidad de la religión madre hebrea, legítima y original receptora y propietaria de una elección que después los cristianos nos hemos atribuido sin preguntarnos demasiado por la legitimidad de ese traspaso. Hay temas que son muy difíciles de tratar cuando están por medio los intereses propios. Ver, desde fuera, a Ariel, razonando y discerniendo sobre el significado y la validez actual de la doctrina del Pueblo elegido, siendo, por un lado, parte interesada, y procediendo, por otro lado, con la libertad autocrítica, sincera, serena y honesta de que hace gala, es profundamente aleccionador y ejemplificante, quedando uno convencido en cabeza ajena.

En este tiempo de fundamentalismos, de «choque de civilizaciones» y de religiones, y de decepción -también- por parte de tantos creyentes que ya no pueden aceptar el orgullo de unas religiones que no se abren al mundo moderno, a la nueva epistemología de la «sociedad del conocimiento», que es sociedad no apta para «creencias» de superioridad absoluta y de dogmas ancestrales infalibles e intocables, el libro de Ariel es sencillamente **urgente**: urgente en su lectura, y urgente en la puesta en práctica de su espíritu, para que no haya más religiones iluminadas que se crean las elegidas para salvar al mundo incluso contra el mundo, por la violencia, cualquier tipo de violencia.

La colección «Tiempo Axial» acoge agradecida esta obra que la abre a nuevos ámbitos, le da horizontes más amplios, y la confirma en sus intuiciones.